

Leopoldo Flores/2000 D.C., el libro

José Luis Cardona E.



Pocos artistas plásticos pueden presumir de que su obra sea apoyada y su trabajo estimulado mientras están vivos. Unos cuantos gozan de esas oportunidades porque también pocas de las consideradas “bellas artes”, con esta definición ya caduca por simplona, están sujetas de manera tan dependiente al mercado y al mercadeo, como las artes plásticas, precisamente.

Se puede completar la afirmación anterior con otra, en el sentido de que el mercado de los libros de arte es uno de los más estrechos, no sólo por los costos de producción que implican precios altos, sino por lo definido y limitado del público comprador que adquiere libros de tal naturaleza.

Con todo y la cuesta arriba que tuvo que hacer en los cincuenta y a principios de los sesenta, Leopoldo Flores (San Simonito, Tenancingo, 1934) es uno de los artistas que encaja bien entre quienes han gozado de prestigio y éxito, a la par que de una periódica difusión de su obra, si no constante sí ambicionada por otros que no tienen acceso a museos, reseñas, exposiciones y el mercado nacional e internacional del arte.

Flores es así un pionero y difusor él mismo de las artes plásticas, que no ha tenido mezquindad al momento de difundir el trabajo de otros artistas, acercando a los jóvenes a las puertas que les abre y dando espacio a quienes con el mexiquense, se forjaron en *La Esmeralda* y salieron del país para buscar el aire que aquí les hacía falta, hace ya más de 30 años.

Esta última labor la ha cumplido el autor del *Cosmovitral* siendo director del Museo de Arte Moderno del Centro Cultural Mexiquense, por donde han pasado las obras de Martha Palau, el ya fallecido Santos Balmori, Zalathiel Vargas, los ya también desaparecidos Villagrán y Belkin y, en fin, una larga lista de creadores, ciertamente la mayoría de ellos figurativistas (aunque estas clasificaciones se agotan a la menor provocación). De la gente joven del medio local, parte de quienes conformaron el grupo *Tequio* en la Escuela de Bellas Artes de Toluca, montaron obra hace ya cuatro años en la sala de exposiciones temporales de aquel recinto.

Las exposiciones son costosas y la crisis ha terminado por disminuir su número y frecuencia, no nada más en el Museo de Arte Moderno, sino en otros espacios, salvo tal vez los del INBA, en cuyo palacio, al concluir noviembre, estaba por levantarse una muestra del trabajo excepcional de Rafael Cauduro, con obras asombrosas y terribles.



Louis Panabière y Alfonso Sánchez García han escrito textos sobre el *Cosmovitral*; el crítico de arte Antonio Rodríguez fue un constante seguidor de la obra de Flores y Raquel Tibol, tan joven, vital e imprescindible, no ha visto pasar indiferente el trabajo del artista, que empezó a encontrar su lugar con las pancartas que cubrieron el Palacio de Bellas Artes en la llamada Exposición Solar, hace más de dos décadas, luego de la estancia de Flores en París, entre 1965 y 1968, en donde, por cierto, le tocó vivir el agitado mayo de aquel remoto y vigente año, parteaguas, sin exageración, de la historia reciente de nuestro país.

Una exposición y un libro

En realidad habría que decir tres exposiciones y un libro, pues la primera, *2000 D.C.*, presentada a principios de 1994 en el Museo Universitario Contemporáneo de Arte (MUCA) de la UNAM, que reabrió sus puertas con esa nueva denominación en lugar del Museo Universitario de Ciencias y Arte, fue continuada por *Los Cristos*, en la Galería Universitaria Aristos, y por otra más en la sala de exposición permanente del Museo de Arte Moderno, en Toluca.

Un recuento fotográfico de la primera exposición (preparada en seis meses de 1993) da cuenta puntual de ésta en el libro *2000 D.C.*, publicado bajo el sello de la UNAM, la UAEM y el Gobierno del estado, a través del Instituto Mexiquense de Cultura, y en el que se incluyen también varios textos y fotografías históricas así como de las obras que integraron *El hilo de Ariadna* y el *Homenaje a Delacroix*, y otros trabajos de estudio.

En vista del éxito de la exposición, continuado por la buena acogida que tuvieron las otras dos, se dio un buen pretexto para

José Luis Cardona Estrada. Periodista y sociólogo. Egresado de la UAEM. Ha publicado en diversos medios informativos.

hacer el libro, enriquecido, como ya se dijo, con un recuento de la obra de Flores. El aderezo a las fotografías de las obras de gran formato, son pequeñas gráficas del monumental trabajo pintado en las rocas del cerro de Coatepec y parte del estadio de Ciudad Universitaria, en Toluca, de las obras de Flores en la plaza cívica de la misma capital del Estado de México y del proceso de realización del *Cosmovitral*.

2000 D.C., la exposición, al decir del propio Flores en la entrevista que concede a Rodolfo Rivera González, incluida en el libro, surgió, ya establecido el compromiso para llevarla a cabo, de una reflexión sobre el tiempo, que, según el artista, empezó con Cristo, sin que por ello no hubiese tiempo antes. Muy al estilo de Flores, la consecuencia fue otra reflexión

...sobre este individuo que tuvo en su ser la capacidad de marcar el tiempo de la humanidad entera; así inicié el estudio profundo, la lectura detenida de su vida, de su historia; lo que hablaban de él sus contemporáneos y más adelante realicé un estudio de todos los artistas que lo han representado a través de la historia entusiasmándome a tal grado que empecé a pintarlo, pero no como lo hiciera un San Lucas que estuvo con él y no pudo pintar su rostro, sino haciendo una especie de transferencia a nuestra época, a México, donde surgía en ese momento un movimiento social de gran impacto para mí, de tal suerte que resulta una combinación de un Cristo contemporáneo, un Cristo nuestro que corresponde a la época que me ha tocado vivir, partiendo del análisis de su propia vida... (p. 30)

Raro es el caso del artista plástico y el músico que saben traducir a palabras, claramente y sin contradicciones, ya no digamos sin anfibologías o atropellos al lenguaje, la conceptualización de sus obras, el origen de las mismas, y explicar el discurso sobre el que discurren. Leopoldo Flores no tenía que ser la excepción, pero el entrevistador bien podría haber evitado una transcripción literal, dándole una revisión al texto. Don Rodolfo Rivera González, director del centro de Investigación y Servicios Museológicos de la UNAM, emocionado al extremo con exaltar a Flores y su obra, marca con su entrevista la parte más floja de este esfuerzo editorial.

Resulta cuando menos extraño que una obra de este tipo tenga tantos errores: "...tetracentenaria trayectoria en este siglo..." (p. 7, texto del rector Sarukhán); "No pondero sus valores plásticos. Otros, expertos, lo han hecho: Antonio Rodríguez Tibol..." (p. 9, texto del licenciado Emilio Chuayffet), que sin duda es un empastelamiento, pues el crítico de origen portugués nacido en 1908 sólo está registrado con un apellido y no con el de Raquel Tibol; el propio Rivera González habla en la introducción del "...estadio de la capital del Estado de Méxi-

co", que en todo caso no es el universitario, sino *La Bombonera* o *Toluca 86*, sin contar cuestiones ortográficas y sintácticas, que en la entrevista con Flores resultan francamente excesivas.

"El artista y su obra", texto de Silvia Sigal y Moiseev, es, por el contrario, una buena muestra de trabajo interpretativo. En la sección dedicada al *Homenaje a Delacroix* vuelven los errores, que se repiten en las líneas dedicadas al *Cosmovitral*. El asunto se compone en el breve ensayo del teólogo Rodolfo Mora, lleno de aciertos conceptuales respecto a los cristos de Flores y se oscurece en las palabras del teósofo Miguel Pérez Torres.

Ante estos descuidos, y no por equilibrar, queda lo mejor del libro: la reproducción fotográfica de una parte muy amplia de la obra de Leopoldo Flores, en la que los logros mayores están en una base conceptual acotada a la pintura, el gusto por la exaltación grandiosa y un compromiso sincero y no demagógico ni panfletario, con las causas de los desvalidos, la raíz mitológica del hombre y de nuestra cultura, heredera de los griegos, en el manejo del color que produce una belleza exacerbada, especialmente con los rojos y los azules, y, en especial, en la tenacidad de una vocación.

2000 D.C., el libro, no es una obra redonda, pudiendo haberlo sido, pero es la primera en la que hay un recuento fotográfico tan extenso de la obra de Flores, ejemplos de la cual se perdieron en México y el centro *Georges Pompidou*, en Francia, con la magia de la desaparición misteriosa.

Una contradicción del artista, al menos aparente, está contenida en las líneas de la entrevista reproducidas arriba. La exposición que da título al libro se inauguró el 27 de enero de 1994. Flores parece aludir a la situación chiapaneca cuando habla del surgimiento de un movimiento social que lo impactó. El que sus *Cristos* no tengan rostro, salvo, al parecer en un caso, y lleven a pensar en los desprotegidos de siempre, como escribe Rodolfo Mora, no pudo ser consecuencia del movimiento rebelde chiapaneco, a menos que entre el 1 y el 27 de enero del año pasado, Flores hubiese pintado la gran mayoría de sus cuadros, lo cual parece, cuando menos, improbable.

Algo queda claro con la publicación del libro 2000 D.C., y es que hacia mucha falta la recuperación fotográfica de la parte más importante del trabajo de Leopoldo Flores. En este sentido, la tarea de Daniel Nierman y Jesús Martín Cruz es prácticamente impecable, al igual que el resultado editorial.

Tratándose de un libro de arte, los textos, es verdad, podrían pasar a segundo término y no por crear polémica se trata de darles importancia excesiva. Sólo la que merecen, pues el indudable logro del trabajo fotográfico, sufre demérito por el descuido tan ostensible con el que se hizo la selección y la presentación misma de la mayoría de los textos, que, salvo en dos casos, pierden efecto por esas limitaciones.Δ